

JOSÉ LUIS CANO EN SU ÍNSULA

José-Carlos Mainer / Universidad de Zaragoza

UN PROYECTO VITAL

Hay proyectos de vida que se conciben a sí mismos transitivamente, en función de otros, y aún a costa de oscurecer de ese modo la propia importancia en aras de la deliberada postergación de lo propio. Quizá lo más admirable de la ejecutoria de José Luis Cano fue eso. En el fondo, había una firme convicción: su fe en la literatura era enorme. La concebía como la más alta expresión de la vida humana y como el lugar casi físico donde podían encontrarse los cómplices de aquella fe. Escribir, leer, leerse los unos a los otros eran los sacramentos, rigurosamente laicos por supuesto, de aquel ejercicio de autodescubrimiento, reconocimiento y fraternidad. Por eso, no es nada raro que llegara a amar la poesía de Nicasio Álvarez Cienfuegos, cuyos temas son la amistad, la sensibilidad ante la vida, la confianza en la literatura, todos ellos vividos en tiempos políticamente inclementes, o que le interesaran las correspondencias de otros dos escritores de transición, Leandro Fernández de Moratín y Juan Valera -tan valiosas o más que sus respectivas obras de creación-, o que sintiera la fascinación de dos raros literatos hechos ellos mismos literatura como Jan Potocki o el Barón Corvo.

La fecha de su nacimiento lo hizo epígono obligado de una generación de excelsos poetas y testigo de los momentos finales de otras dos promociones irrepetibles: la de fin del siglo pasado y la que fragua a finales del primer decenio del nuestro. Pero esa condición se hubiera resuelto de otro modo si no hubiera tenido lugar la guerra civil y, sobre todo, la victoria de quienes vencieron. Sin este amargo trance, seguramente, las letras españolas hubieran registrado aquella "rehumanización" que ya apuntaba antes de 1936 y en la que se inserta la obra más personal de Cano; sin duda que también la esplendorosa cabalgada de creatividad auguraba unos años de reflexión crítica y de rumia interpretativa del pasado cercano, que fue también el trabajo acometido por el joven escritor algecireño. Pero la guerra civil perdida hizo de todo eso algo más imperativo y urgente, y las circunstancias le convirtieron en correo, albacea espiritual y exégeta de los hombres del 27, en primer lugar; de las últimas lumbres del fin de siglo, en no menos importante medida. Cano fue el confidente más cercano y, a menudo,

casi fue el hijo que Vicente Aleixandre nunca tuvo: un Eckermann voluntario y lúcido de aquel Weimar pequeño, situado en la madrileña Colonia Metropolitano. Y fue, a lo largo de muchos años, el voluntario recadero de un Luis Cernuda siempre receloso y a menudo sencillamente insoportable, que le encarga enviarle sus pertenencias desde España o le hacía confidente de sus desconfianzas enfermizas. Y que muy contadas veces reconoció la generosidad de su corresponsal: “Te debo innumerables favores: entre otros la publicación de la segunda edición de *Ocnos* y la de *Troilo y Crésida*; siempre mencionabas mi nombre y mi trabajo con más que simpatía en tus notas de *Ínsula*”⁽¹⁾. Pero, en la misma misiva, no vacila en enmendar, de modo casi descalificatorio, muchas de las ajustadas observaciones críticas que Cano había hecho a sus versos... Y pocas fechas después, el mismo epistolario muestra, en las cartas de Cernuda al poeta Vicente Núñez, la irracional inquina del autor de *Desolación de la Quimera* ante lo que veía como conspiración de “Cano, Canito y Canoso”, los hombres de *Ínsula*.

El hábito de ser mediador de varias generaciones literarias en tiempos de penuria le convirtió, casi sin sentirlo, en un privilegiado engarce vivo con las promociones nuevas. Muy pronto, un Cano todavía joven se encontró haciendo de introductor de gentes casi adolescentes: yo fui, por ejemplo, uno más de la promoción de poetas y filólogos que empezó a escribir asiduamente en las páginas de *Ínsula* apenas alcanzada la veintena. *Ínsula*, que, a la altura de mediados de los sesenta, era una revista muy respetable y respetada, y lugar de encuentro de los estudiosos de la literatura españoles y extranjeros, desde el templado liberalismo a la izquierda militante, publicó mi primera reseña (un folio sobre *De este mundo y del otro*, libro de Francisco Ayala) cuando yo tenía diecinueve años y estudiaba todavía cuarto de carrera en Barcelona: el trabajo me lo pidió mi maestro José Manuel Blecua y, para mi asombro, me contestaron con afecto José Luis Cano desde Madrid y el propio Ayala desde Chicago. Pero lo mismo podrían contar, de seguro, Pere Gimferrer y Guillermo Carnero que, por entonces, también estudiaban en las aulas barcelonesas derecho y económicas, respectivamente, y con quienes yo me veía muy a menudo en el patio de letras del vetusto y sombrío edificio de Elíes Rogent. Todavía hoy me asombra reencontrar en las generosas cartas de Cano la santísima paciencia con que respondía a mis sugerencias sobre la orientación de la revista o el entusiasmo con que acogía unos artículos que casi siempre eran demasiado largos y, seguramente, demasiado jactanciosos e impertinentes.

Lo vio muy bien Vicente Aleixandre en su hermosa semblanza “José Luis Cano, en su fondo andaluz” (publicada en *Ínsula*, 37, enero de 1949, con motivo de las páginas que celebraron las bodas de Cano, y luego recogida en *Los encuentros*, 1958): “En la vida literaria puede existir una habitación, y en ella un hombre con un original ajeno en la mano. Tras de sus cristales, los ojos alzados tienen ciencia y, en su juventud, un casi brillo, más que triste, piadoso”⁽²⁾. La importancia de esa función de puente es inestimable y, en tal sentido, *Ínsula* vino a ser, como veremos luego, una prolongación de Cano, un espacio más de su espíritu, igual que aquel su increíble despacho de bibliotecario de la CAMPSA fue, en buena medida, una extensión de la secretaría de la revista. Los testimonios de esa función son numerosos. El 28 de mayo de 1949, a los tres años y pico de la fundación de la revista, Jorge Guillén le agradece en una carta el “fervoroso artículo” que a Cano le ha inspirado el “libro fervoroso” de Ricardo Gullón y José Manuel Blecua sobre *Cántico*, publicado en Zaragoza (*La poesía de Jorge Guillén*): “¿Para quién se escribe?, se preguntaba un escritor francés recientemente. ¿Para quién se escribe... desde la ausencia?, se preguntaba otro escritor en Buenos Aires. Yo, por mi parte, escribo para el posible lector de allá. Ante todo, para el posible amigo español. ¡Y qué bien y con qué inteligencia, leen Gullón y Blecua, y usted, ustedes, los nada isleños de esa magnífica *Ínsula* de coordinación!”⁽³⁾. El francés aludido es, por supuesto, Jean Paul Sartre, y el anónimo porteño es

(1) Carta del 4 de mayo de 1956, que tomo de Luis Cernuda, *Epistolario inédito*, ed. Fernando Ortiz, Compás, Sevilla, 1983, p. 21.

(2) Cito por el libro: *Los encuentros*, Guadarrama, Madrid, 1958, p. 216.

(3) *Epistolario del 27. Cartas inéditas de Jorge Guillén, Luis Cernuda, Emilio Prados*, ed. J.L.Cano, Versal, Madrid, 1992, p. 13.

Francisco Ayala que había escrito en *Cuadernos Americanos* un lúcido trabajo sobre las letras del exilio, “¿Para quién escribimos nosotros?”, que no le había gustado mucho a Pedro Salinas, por cierto⁽⁴⁾. En carta del 12 de agosto del mismo año, Guillén reiteraba la misma gratitud, ahora extendida a la bella colección de libros de poemas: “Ya sé cómo trabaja usted por Adonais, por *Ínsula*, dos purísimas islas en nuestro océano. ¡Ojalá sigan tan puras por mucho tiempo!”⁽⁵⁾. Y muchos años después, poco antes de su muerte, el poeta de *Aire nuestro* resumía en un feliz complemento pronominal el más profundo e inolvidable significado de la revista (carta de 27 de mayo de 1981): “Yo soy muy sensible a su fidelidad a todos nosotros, en pleno, sí señor. Se lo agradezco en el alma”⁽⁶⁾. De modo más conmovedoramente personal, expresa lo mismo Emilio Prados, en una carta del 23 de mayo de 1956: “Recibo, dulcemente alegre, *Ínsula*. El número de enero lo recibí a fines de mayo; después el de marzo y ahora el de febrero. ¡Un lío de correos, pero la cosa es recibirla! Me acuerdo un día lejano (no sé si te lo dije), que ví al lado mío en el autobús a una Sra. leyéndola... ¡Me enterrecí! Y... se me olvidó el porqué iba yo en aquel coche de México, etc. etc. (Estas emociones las desconocéis vosotros afortunadamente)”⁽⁷⁾.

“SOLEDAZ (...) TÚ QUE MÁS HONDA QUE EL AMOR SEMEJAS”

No se equivocaba Vicente Aleixandre en el retrato que he citado, ni -poco tiempo antes- en la carta que le dirigió el 25 de septiembre de 1939, cuando la guerra acababa de terminar. Cano le había enviado un relato y, al parecer, le contaba que se proponía escribir novelas a medias con su hermano: éste daría los temas y él los desarrollaría y escribiría. A Aleixandre la fórmula no le parece buena y, con mucha razón, encuentra que en José Luis Cano el poeta en agraz es más importante que el narrador posible. Conviene que no se equivoque en cosa tan delicada como la vocación literaria que es, a fin de cuentas, la plasmación de su espíritu: “De tí mismo, de tu manera de ser, carácter, etc., te podría decir muchas cosas. Por ejemplo, de tu magnífica vocación para la amistad, de esa delicada atmósfera natural que te acompaña y que poca gente ve. En ella el sentimiento amistoso se desarrolla como en su propio clima, porque encuentra la luz y el calor que le son naturales. Tú mientras, andas un poco esquinado, aburrido a ratos contra tí mismo, haciéndote un poco de injusticia”⁽⁸⁾.

La primera poesía de Cano refleja muy bien la sensibilidad de un joven que no acaba de hallar un lugar satisfactorio. Los tempranos *Sonetos de la bahía* (1942) encajan en la moda de un tiempo (pensemos en Dionisio Ridruejo, José García Nieto y Rafael Morales) pero que viene de una tradición cercana en la que se inscriben Germán Bleiberg y Miguel Hernández. En ellos Cano parece hallar como referencia más sólida un territorio físico y muy hermoso, pintado con aquella “paleta más reducida” que advirtió Dámaso Alonso en el prólogo del libro: pocos colores, preponderancia del aire, afán de desnudez, ansia por el vuelo. En *Voz de la muerte* (1945), hallamos una “Oda a la muerte” (dedicada a Aleixandre) que no es invitada extraña en una poética generacional que reiteraba su obsesión por el tiempo y lo elegíaco. El poema tiene, como todos los de Cano en este momento, un lejano componente neoclásico que podría ser tan británico como español, al lado de un romanticismo profundo de pensamiento (que debe lo suyo a Bécquer y a Cernuda) y de un tono de misticismo laico que debía venir de Emilio Prados. ¿Diagnóstico de un epigonismo? No, porque éste y otros poemas del momento son profundamente suyos, al margen de las deudas, y dibujan muy bien la personalidad que captó Aleixandre en la carta que arriba se ha citado. En “Adolescencia”

(4) Cf. la carta a Guillén del 17 de marzo de 1949, en Pedro Salinas y Jorge Guillén, *Correspondencia (1923-1951)*, ed. A. Soria Olmedo, Tusquets, Barcelona, 1992, p. 492.

(5) *Epistolario del 27*, ed. cit., p. 15.

(6) *ibidem*, p. 55.

(7) *ibidem*, p. 156.

(8) Vicente Aleixandre, *Epistolario*, selección, prólogo y notas de J.L.Cano, Alianza, Madrid, 1986, p. 23.

Ponencias

(que encabeza un lema de Nicomedes Pastor Díaz) se habla del pasado no muy lejano, anterior a la guerra civil, pero también de ese joven interior que se resiste a desaparecer bajo el oficinista que ya vive en Madrid, lejos de la bahía luminosa:

*Y en tu cuerpo vanamente buscabas
la huella de tu herida,
la sangre, el hondo fuego que explicasen
tu hermosura marchita.
Más sólo tú sentías vagamente
desperdiciar la vida,
y aquel calor tranquilo, casi dulce
creciendo en tu mejilla;
vagos ardores hondos
atravesados por espadas frías⁽⁹⁾.*

“A mi soledad” es quizá el mejor de sus poemas iniciales, muy cernudiano además en la dicción. Todo empezó en la adolescencia, nos viene a decir, y la herida no se ha cruzado todavía (la de Cano fue una adolescencia feliz por lo que tenía de desahogo económico y de fértil intercambio con la naturaleza; melancólica y pesarosa porque el muchacho tenía, y conservó, esa propensión a la insatisfacción y al ensueño de fracaso sobre la que hemos de volver). Leemos en “A mi soledad”:

*A aquella pena, soledad, tan tuya
le debo lo que soy, mi alma y su dicha.
Y aquella pena me sostiene hoy,
me hace sentir lo hermoso de los días,
del alimento que ahora diariamente
colma mi vida, serenando el sueño,
dando paz a la sangre y esperanza (...)
Por eso no te olvido, tú que diste
tanto frío a mi vida y tanta fiebre,
qué fruto tuyo, soledad, me siento,
tú que más honda que el amor semejas⁽¹⁰⁾*

Que esa íntima sensación de desazón y soledad no desapareció nunca lo comprobamos en un libro tardío y que ha tenido menos fortuna de la que merece: *Los cuadernos de Adrián Dale (Memorias y relecturas)* (1991). Es un singular libro de memorias, reflexiones y lecturas, de disposición aparentemente arbitraria pero de profunda unidad interior. Y responde, de otro lado, al pudoroso sentido de la intimidad de José Luis Cano: Adrián Dale es un seudónimo que utilizó en los lejanos años de la revista *Corcel y*, bajo ese nombre, el escritor objetiva una parte de sí mismo que, a la vez, somete a diálogo con una suerte de *daimon* interior. Otra vez más, el secreto está en la adolescencia y, en tal sentido, llama la atención la mención de las lecturas que Cano atribuye a aquellos años: *La montaña mágica* de Thomas Mann, *Kanguro* de D.H. Lawrence, *Contrapunto* de Aldous Huxley, *Retrato del artista adolescente* de James Joyce y los encantadores tomos de *La historia de San Michele* del médico sueco Axel Munthe. Los cinco responden, de hecho, al mismo esquema moral: la pugna entre la acción y la vida contemplativa, experimentada por un espíritu sensible que quiere hallar la razón profunda de este mundo. Como escribe Cano,

(9) *Poesía*, Plaza y Janés, Barcelona, 1970, p. 64.

(10) *ibidem*, pp. 133-134.

muy cerca siempre de su personaje, “el espíritu de Adrián se desdoblaba en preguntas terribles, como dos caras de un mismo espejo oscuro. Por una parte, ¿qué es el mundo? Por otra, ¿qué hacer? Le parecía a veces la vida un encantamiento, cosa de alquimia insondable. Cuando confesaba esto a sus amigos, le respondían: he aquí porque no eres ateo. Pisaba a veces un aire de cristal, un sueño de nieve... El paisaje no era, ciertas tardes de otoño, sino la sombra misma del misterio (...) ¿Cómo razonar, cómo escribir sobre los hombres? En esa hora del pensamiento abismal, en que se siente a la sangre desconcertada y temblar el cuerpo, qué le queda al poeta sino la muerte?”⁽¹¹⁾. Pero más explícito aún es lo que Adrián responde al misterioso interlocutor interior de los dos primeros capítulos: “Estoy hecho de contradicciones, y esa <su soledad y apartamiento> es una de tantas. Amo la vida de aventura, pero no me decido a seguirla porque no sabría moverme en ella. Esta vida doméstica, que considero humillante, es la única, sin embargo, que conviene a mi espíritu enfermo. No sé vivir de otro modo, no me hallaría en el horroroso drama humano, siendo protagonista de él”⁽¹²⁾. “La vida -ha dicho antes- es de los que parten. ¿No has leído eso nunca? -Es una bella frase. Pero mi destino es restar, permanecer siempre. Nada puedo hacer contra él. Si partiese, me perdería”⁽¹³⁾.

Pero, en medio de tanta contenida tristeza, de tanta frustración solitaria convertida en hábito sentimental, Adrián Dale -que ya es enteramente José Luis Cano- reconoce los regalos del destino que le han marcado para siempre. Y, sobre todos ellos, el haber sido uno de los “poetillas” que Emilio Prados eligió, en la Málaga de hace ya setenta años, al lado de los hermanos Carmona y de Tomás García. La admirable fidelidad de Cano a Prados se entiende sólo en la medida en que ambos han compartido, al cabo de los años, un destino parecido, el de vivir para la literatura y el de ser un nexo de unión entre las vocaciones que despiertan y los escritores en ejercicio: “El me hizo poeta y amante de los libros -me regaló no pocos de ellos, Platón, una Biblia, Lorca, Machado, Juan Ramón, algunos surrealistas, aparte de los que el mismo publicaba en su Imprenta Sur, y como a mí hizo también a muchos. Lo que ha dejado -una parte de su espíritu- en las vidas de sus amigos, es su mejor gloria. Vida infecunda, se atreverán quizá a decir algunos biógrafos miopes. ¡Ellos nos saben cómo derramaba la poesía de su sangre sobre la piel de aquellos que querían ser poetas! No hay que amarlos a través de su obra poética escrita, con ser esta hermosa e intensa, sino a través de su vida humilde y generosa”⁽¹⁴⁾. Entre los dones de Prados estuvo el conocer a Federico García Lorca en una noche en que los padres de los “poetillas”, justamente alarmados, acabaron buscándolos por medio de la policía. O pasar una tarde con Salvador Dalí con quien los muchachos pintaron un “cadavre exquis”. Y saber, a fin de cuentas, que la literatura es la forma más hermosa de sobrevivir a los estragos del tiempo y de la angustia: “Lo que empujaba a Adrián a la literatura era el mismo presentimiento que le separaba de la vida. Un hastío del mundo que le dolía como una llaga. Era un presentimiento negativo: el de su muerte, que provocaba en él vagos deseos de supervivencias literarias, algo que nada tenía que ver con la posteridad. Que alguien recordara su nombre dentro de cien años, como el de un espíritu que participase de la poesía y del tedio (...) -Mi fe literaria- solía decirme- nace de mis otros escepticismos. En último término, la literatura es la imagen de la vida, la única que puede rehacerse. -Pero hasta su fe en la literatura era una fe desesperada -el clavo ardiendo- una agonía”⁽¹⁵⁾.

(11) *Los cuadernos de Adrián Dale (Memorias y relecturas)*, Orígenes, Madrid, 1991, pp. 21-22.

(12) *ibidem*, p. 13.

(13) *ibidem*, p. 11.

(14) *ibidem*, pp. 15-16.

(15) *ibidem*, p. 81.

LA CREACIÓN DE UNA LITERATURA DE POSTGUERRA

La revista *Ínsula* fue el testimonio de esa vocación que la última frase del párrafo anterior ha expresado con un eco deliberadamente bergaminiano. La publicación de 1946 se parecía muy poco, salvo en su feliz diseño gráfico, al boletín de vanidades y animadversiones profesoras que ha sido desde que Cano salió de su dirección. La fundó, como es bien sabido, Enrique Canito, antiguo discípulo de Pedro Salinas en Sevilla, ayudante suyo en la Universidad Internacional de Santander y catedrático de francés represaliado por el franquismo, que había instalado una librería en la madrileña calle del Carmen. La tolerancia del régimen respecto a los boletines especializados vinculados a un negocio de libros era mucho mayor que la concedida a las revistas generales, e *Ínsula* no fue el único caso de una publicación periódica que creció a partir de tan modesto punto de partida: poco después, en 1949, el *Índice de Artes y Letras* fundado por Tomás Seral y Casas se presentó como boletín de la madrileña Librería Clan, tras haber sido previamente un inofensivo *Índice Filatélico* registrado por otro propietario. La entrega inaugural fue precisamente un homenaje a Vicente Aleixandre que resultó ser el número 23 de la publicación, al haber de contarse también los dedicados a la filatelia⁽¹⁶⁾. En el caso de nuestra *Ínsula*, Cano fue, desde un comienzo, su secretario de redacción y factótum por más que la publicación no imprimió los nombres de sus responsables hasta el número 74 (febrero de 1952).

El nombre de la revista evocaba, sin duda, las “ínsulas extrañas” cantadas por Juan de la Cruz, pero también la ínsula Barataria, prometida a Sancho por don Quijote: en ambas alusiones, estaba muy presente la idea de tratar de asuntos de imaginación y libertad en tiempos recios. Y proceder así conducía inevitablemente a añorar un pasado muy cercano y mucho más gratificante. Desde un principio, *Ínsula* quiso ser homenaje a la vida cultural que había desaparecido con la victoria de 1939. El primer número (1 de enero de 1946) ostentaba en su primera plana una fotografía de Encarnación López, La Argentinita, retratada junto a un cuadro de Goya en el Rijksmuseum y con un pie que recordaba que sus restos mortales acababan de llegar a España: difícilmente podía evocarse mejor una etapa en la que el arte popular y el arte culto habían colaborado estrechamente. Ningún lector que entonces tuviera algo más de treinta años podría olvidar que la artista había cantado, acompañada al piano por García Lorca, aquellas inolvidables diez canciones españolas que grabó para la compañía “La Voz de su Amo” en la primavera republicana de 1931. En la misma plana, Miguel Antonio Catalán, el gran físico de la Junta para Ampliación de Estudios y yerno de Ramón Menéndez Pidal, escribía sobre la edad atómica y se recordaba la reciente muerte de Paul Valéry, al pie de un retrato del autor con Rainer Maria Rilke, a la vez que se anunciaba la oportuna necrológica encargada a Gerardo Diego; en las páginas interiores, había un cuento de la reciente ganadora del Premio Nadal, Carmen Laforet (“El infierno”), y unas preguntas al académico Melchor Fernández Almagro acerca de la llegada de libros argentinos a las librerías españolas, quizá la más sabrosa novedad del panorama bibliográfico del momento, además de un artículo de Paul Guinard, director del Institut Français de Madrid, sobre los libros y las revistas en la Francia de hoy. La primera contribución de nuestro José Luis Cano eran en aquel número sendas reseñas sobre la *Antología de la poesía española de Edad Media* de Dámaso Alonso (un libro publicado, por cierto, en Buenos Aires) y sobre *Historias de familia* de su amigo malagueño José Antonio Muñoz Rojas.

Guinard, que muchos años después moriría en Madrid de resultas de un accidente de tráfico, presentaba en su artículo una exposición de bibliografía francesa celebrada en Madrid y que había de ser pretexto del primer trabajo extenso de Cano,

(16) Una importante valoración del significado de *Ínsula* se halla en el trabajo de Manuel L. Abellán, “Los diez primeros años de *Ínsula* (1946-1956)”, *Sistema*, 66 (1985), pp. 105-114. Sobre Seral y su *Índice de Artes y Letras* (que luego adquirió y dirigió Juan Fernández Figueroa), pueden verse los trabajos de Chus Tudelilla, “La vanguardia insomne”, y del autor de estas páginas, “En libertad vigilada: las letras españolas de 1950, de la autarquía a la ruptura”, en el catálogo de la exposición *Tomás Seral y Casas. Un galerista en la postguerra*, Comisarios Chus Tudelilla y José-Carlos Mainer, Gobierno de Aragón-Ayuntamiento de Madrid, Zaragoza, 1998, pp. 19-60 y 67-82, respectivamente.



José Luis Cano en la redacción de la revista *Ínsula* en compañía de Vicente Aleixandre, Enrique Canito y Antonio Núñez, con motivo de la edición del libro-homenaje que la revista preparó al autor de *La destrucción o el amor* en su septuagésimo cumpleaños (1968). (Archivo A. Sanz)

publicado en el número 2, 15 de febrero de 1946. Sus términos eran políticamente inequívocos, aun con todas las cautelas que el caso aconsejaba: "Quizá uno de los fenómenos más dignos de admiración que ha ofrecido el espíritu humano en estos últimos y terribles años sea el ejemplo dado por Francia en el mantenimiento y enriquecimiento de las letras. Nunca nos asombraremos bastante de que Francia en pleno desastre de la derrota militar y de la ocupación alemana, haya podido hacer de las letras una última y decidida barricada que ha sostenido sus posiciones más o menos clandestinamente hasta el momento glorioso de la victoria". No hacía falta decir mucho más para indicar que, a un año vista del final de la guerra, se estaba y se había estado con los aliados y contra el fascismo... que en España seguía prevaleciendo.

Cano sabía muy bien que, en lo que concernía a España, había de hablar también de una literatura de postguerra e indagar con piadosa atención las sendas que, al echarse a andar, iba trazando. Por eso sus reseñas del momento acertaron a dibujar muy bien el mapa profundo de sus derroteros morales, cosa que no era fácil si se contrasta la cautelosa seriedad de la primera *Ínsula* con la abigarrada verbena triunfalista de la oficial *La Estafeta Literaria* (fundada en 1944), donde también colaboró alguna que otra vez. Se publicaban muchos libros y aparentemente todo el monte era orégano, bajo la mirada de pastores entusiastas y censores paternos. Pero Cano procuraba advertir dónde estaban los auténticamente válidos para el nuevo

espacio que lentamente se reconstruía. Y sabía hacerlo: en el número 7 (15 de julio de 1946) reseñaba *Primavera de la muerte* de Bousoño para decir que “pocas veces la poesía lírica es realmente tal, en su alto y purísimo fondo. Es decir, se hace aérea y celeste, misteriosa y angélica”. En el 15, 15 de marzo de 1947, elogiaba el libro póstumo de José Luis Hidalgo *Los muertos*: “El libro no es sino una trémula poesía de la muerte presentida, acaso deseada. Por eso estos versos arden con tan triste fulgor, con tan patética llama (...). La poesía de este hermoso mensaje, de este bello libro póstumo de Hidalgo, no podrá desertar ya nunca de nuestro recuerdo”. En el número 43, julio de 1949, abordaba los tres libros que acababa de entregar la colección “La encina y el mar”: *Escrito a cada instante* de Leopoldo Panero, *La casa encendida* de Luis Rosales y *La espera* de José María Valverde. Y advertía certeramente que tenían algo de manifiesto poético conjunto, que, por otro lado, se relacionaba también con el trabajo “Poesía y existencia” de José Luis López Aranguren (publicado por *Ínsula* en su entrega anterior) y con “Poesía total” que Valverde acababa de incluir en el número 40 de la revista leonesa *Espadaña*: aquellos poemas trémulos, ricos de imágenes y escritos en la frontera misma de un catolicismo efusivo y tranquilizador y de la sombra inquietante del desarraigo, ofrecían “temporalidad y existencialidad, el estrecho abrazo entre poesía y tiempo, entre poesía y existencia”. Aunque, apuntaba el lector fiel de la poesía de preguerra, su sensibilidad remitiera a la última poesía de Juan Ramón Jiménez y a los viejos versos de Antonio Machado...

En junio de 1950, número 54, fijaba su atención en *Ángel fieramente humano*, de Blas de Otero, que, sin duda, iba mucho más allá que los tres poemarios anteriormente citados, y relacionaba aquellos versos desazonados con los de Celaya: “Tal vez no tenga mucha relación la poesía de Otero con la obra de Gabriel Celaya, pero hay un punto de partida común para ambos poetas: los dos procuran no dejarse nada en el corazón”. Y observaba como el prefijo des- caracterizaba la lengua poética de Otero: “Desamor, deshielo, desprecio, destierro, desflorado, desalado”. Y concluía: “No tardará en repercutir la autenticidad de este libro joven y maduro en muchos poetas, a los que Blas de Otero, aunando la técnica poética más depurada y la verdadera preocupación de nuestro tiempo, servirá de guía inevitable” (en 1954, en su hermoso libro *Poetas españoles contemporáneos*, Dámaso Alonso establecería su famosa distinción de “poetas arraigados” y “poetas desarraigados” en el contraste de sus lecturas de dos de los libros analizados por Cano: *Escrito a cada instante* y *Ángel fieramente humano*. Sin mengua del hallazgo feliz de Alonso, queda acreditada la sagacidad del reseñista de *Ínsula*). La predilección de nuestro escritor por una poética menos pazguata, más dramática, era muy patente. Tiempo después, en el número 86 de la revista, correspondiente a febrero de 1953, reseñaría *Quinta del 42*, de José Hierro, y sus observaciones tienen ahora el indeleble sabor de una confesión muy personal que toma como mediador al poeta vencido en la guerra y represaliado: “Un día también lejano, robaron al poeta la vida -cuando más la necesitaba- y ese rapto, con su secuencia dolorosa pesa aún, como un puñal de sangre, en el alma del poeta. Por eso no nos asombra que *Quinta del 42*, libro de vida, se abra con un poema, “Para un esteta”, que es casi un manifiesto contra la poesía estetizante, de torre de marfil y verso químicamente elaborado”.

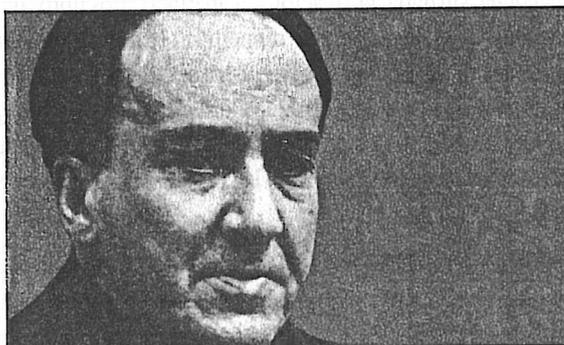
Conforme avanzan los números, se patentiza que el escritor se hace más atrevido y que quiere representar la labor de un grupo que va surgiendo más allá de las ruinas y de la desposesión. Mucho antes, en la entrega 11, noviembre de 1946, hizo un balance de las “Revistas españolas de poesía, 1939-1946”. Pero el regocijo de saber juntas y aliadas *Garcilaso*, *Corcel*, *Espadaña*, *Proel*, *Entregas de Poesía*, *Halcón*, *Mensaje* o *Pilar* no le hace olvidar a “la gran generación de la Dictadura”, espejo de toda lírica. Así se referirá Cano a la llamada “generación del 27”, un concepto que está todavía *in nuce* aunque no le falten, desde la propia fecha epónima y, sobre todo, desde la confección de la *Antología* de Diego y la creación de la revista *Los Cuatro Vientos*, antecedentes muy significativos. Pero, como he señalado en algún otro lugar⁽¹⁷⁾, la acuñación del marbete

(17) Remito a lo que señalo en mi trabajo “Alrededor de 1927. Historia y cultura en torno a un canon”, en *El universo creador del 27. Literatura, pintura, música y cine*, ed. C. Cuevas y E. Baena, Publicaciones del Congreso de Literatura española Contemporánea, Málaga, 1997, pp. 185-202.

fraguó solamente al arrimo de la añoranza propiciada por la dura realidad del exilio: en 1948 y en la revista *Finisterre* aparecerá el luminoso trabajo de Dámaso Alonso “Una generación poética (1920-1936)”, luego incorporado a *Poetas españoles contemporáneos*, libro que se ha citado líneas más arriba. Cano, que tiene muy presentes sus años malagueños, apunta que “al hondo estupor que la gloria y el horror de la guerra iban a dejar en el alma del poeta, sucedió pronto la labor creadora. Y España vivió un nuevo afán poético, un nuevo florecimiento de revistas al servicio de la poesía”: el veintisiete tendría continuidad.

¿Y por qué no plantear, entonces, la existencia de una nueva generación, heredera de la de la Dictadura? En los números 56 y 57, agosto y septiembre de 1950, la revista celebró el medio siglo XX ya transcurrido con dos interesantes trabajos de Ricardo Gullón, “Inventario de medio siglo”, que recogían respectivamente el balance extranjero y el español y donde el problema de los nexos con el pasado inmediato se abordaba de manera muy paladina. En el último número citado, la cuestión generacional se planteó de forma explícita pero anónima. “La flecha en el tiempo” (una sección que se ha iniciado en el número 47, noviembre de 1949, y que en el 73, enero de 1952, pasará a ocupar toda la segunda página) expuso el problema que, poco antes, ya había recogido *Revista*, en Barcelona: ¿Existía aquella “generación de 1936” que Homero Serís había bautizado en 1945 con ánimo de incluir en ellas a todos los escritores afectados por la derrota militar de 1939?⁽¹⁸⁾ El tema había interesado a un lado y a otro del océano y para el redactor insular (que pudo ser Cano pero también Canito) la cuestión no sólo está zanjada sino que además es hora ya de avanzar nóminas: “La generación del 36 ha llegado a la madurez. Desde 1936 hasta ahora han transcurrido catorce años, es decir, casi por entero uno de esos periodos de quince que ya Tácito señalaba como importantes en la vida del hombre”. Y, tras un inicio tan tajante, pasaba lista de los efectivos, no sin advertir que “los poetas parecen más adelantados que los prosistas y, a la vez, los ensayistas dejan atrás a los novelistas”. En los nombres citados se mezclan significativamente los exiliados exteriores, los exiliados interiores y los más o menos desengañados del régimen franquista: Dionisio Ridruejo, Germán Bleiberg, Miguel Hernández, Luis Rosales, Leopoldo Panero, José Antonio Muñoz Rojas, Juan Rejano, José Luis Cano, Ildefonso Manuel Gil, Arturo Serrano Plaja, Luis Felipe

**josé luis
cano:
antonio
machado**



**destino libro
188**

Portada de la edición de bolsillo de 1982, de la biografía de Antonio Machado.

(18) Recorre los hitos bibliográficos fundamentales el capítulo “El espejismo de la generación del 36”, en Eduardo Mateo Gambarte, *El concepto de generación literaria*, Síntesis, Madrid, 1986, pp. 179-185.

Vivanco, Juan Gil Albert, Enrique Azcoaga, Pedro Laín Entralgo, Antonio Sánchez Barbudo, María Zambrano, Ricardo Gullón, José Antonio Maravall, José Manuel Blecua, José Luis L. Aranguren, Eugenio Frutos, Julián Marías, Camilo José Cela, Eulalia Galvarriato y José Suárez Carreño.

ENTRE LIBROS

Años después, alguien podría pensar que a esta presunta generación cavilosa correspondería un talante compilador y normativo, propio de esa generación de epígonos convertidos en obligados herederos. Entre los arriba citados por *Ínsula* están el autor de un valiosísimo *Diccionario de Filosofía* (Ferrater Mora), el impulsor y primer redactor de un *Diccionario de Literatura Española* (Germán Beiberg), el escrupuloso editor de tanta poesía del Siglo de Oro (José Manuel Blecua) o el escritor de una precoz *Historia de la filosofía* y de una útil antología de esa ciencia (Julián Marías), tareas todas en las que el afán de divulgación, ordenación y síntesis prevalece sobre el de originalidad y hasta de propio provecho. A ese espíritu corresponde, sin duda, la creación del apartado "Los libros del mes" en el marco de nuestra revista. "No pretende esta sección -dice la nota de su creación, en el número 18, 15 de junio de 1947- hacer crítica rigurosa y detenida, sino informar a sus lectores, cada mes, de lo más saliente y característico de la producción literaria. Ha de tener, pues -o al menos hemos de intentarlo-, un criterio de objetividad". Lo que vale decir que se hará *critique de soutien*, la predilecta de Cano, con un propósito implícito de que la mención, o el correlativo silencio, hagan patente la selección: ni *Ínsula* ni Cano gustan de la descalificación; piensan que el elogio de alguien comporta la censura de sus enemigos, y que el mudo desdén es preferible -y menos arriesgado- que el zurriago.

Al principio "Los libros del mes" fue una sección compartida con Manuel Cardenal Iracheta. En la primera entrega del nuevo apartado, a éste correspondió hablar del benemérito manual de folclore de Luis de Hoyos, de la biografía de Luciano Bonaparte escrita por François Piétri, y de la colección de versos *Más allá de las ruinas* de Germán Bleiberg, mientras que José Luis Cano lo hizo de *Un hombre* de José María Gironella, de *Unos y otros* de Miguel Pérez Ferrero y de los *Ensayos liberales* de Gregorio Marañón. En el número 21 el espacio pasó a ser en exclusiva de Cano y se estrenó esta modalidad con reseñas del *Antonio Pérez* de Marañón, *El más fuerte* de Concha Espina y *Campoamor* de Julio Romano. Pero lo misceláneo del inicio fue dejando paso a la reseña de parejas de libros significativos: en el número 28 (abril de 1948) coincidieron las *Obras completas* de Julio Camba y el *Viaje a la Alcarria* de Cela; en el 36 (diciembre de 1948), *La trayectoria poética de Garcilaso*, de Lapesa, y *Silla del Moro y nuevas escenas andaluzas*, de Emilio García Gómez; en el 38 (febrero de 1949) anduvieron juntos la *Automoribundia* de Gómez de la Serna y *Los Abel* de Ana María Matute como si se quisiera aunar una obra relevante del exilio y una inquieta representación del interior. En el número 39 (marzo de 1949) se pasó a preferir la reseña de libro único, precisamente con aquella del volumen de Gullón y Blecua, *La poesía de Jorge Guillén*, que tanto agradeció el poeta estudiado, como se ha indicado más arriba. Y a partir de ahí, logrado un espacio más cabal (los tres folios, más o menos) vinieron reseñas tan memorables como las de *Poesía española. Ensayo de métodos y límites estilísticos* de Dámaso Alonso (61, 15 de enero de 1951), de *La colmena* de Cela (67, julio de 1951), o del *Cancionero* póstumo de Miguel de Unamuno (98, febrero de 1954).

Gracias a José Luis Cano alguno de esos libros existió entre nosotros (la *Automoribundia*, *La colmena* o el *Cancionero* se habían editado en Buenos Aires y sus ejemplares llegaron con cuentagotas a las librerías), mientras que otros alcanzaron su plenitud de sentido para los lectores a través de los comentarios del crítico. *Ínsula* y Cano contribuyeron como muy pocos a la normalización de la vida intelectual española, a la restauración de una grata complicidad que comprendía al profesor universitario y al empleado con inquietudes, al joven estudiante de letras y al hispanista extranjero que, haciendo a menudo de tripas corazón, pasaba en España sus veranos, al viejo intelectual republicano represaliado y al joven y animoso catedrático

de instituto de provincias. En algún lugar deben de andar las listas de suscriptores de la revista y con certeza que nos desmentirán el friso de lectores esbozado. Y esa misión de normalización incluía, sobre todo, la restitución de las sutiles conexiones del exilio y del interior, lo que, en buena medida, significaba a la larga la cabal restauración de una escala de valores de la literatura española del siglo XX: aunque muertos, también Unamuno o Valle-Inclán, y hasta Clarín y Galdós, eran "exiliados". Y lo eran partes sustanciales de las obras de Baroja y Azorín, de Antonio Machado y Ortega y Gasset, que sus editores retiraban ante la previsible zarpa de la censura. Los emigrados de la república se habían llevado, ciertamente, una parte importante de la canción, como escribió León Felipe en unos versos muy hermosos, pero quedaron los ecos y, como en un palimpsesto, los trazos aún perceptibles de lo que estuvo escrito.

Ínsula fue, desde su propio nombre, una revista de emergencia, seguramente impensable en otra situación que no fuera la de libertad vigilada. Pero fue una contribución esencial para el futuro. Y fue recorriendo, en tanto, su camino de atrevimientos, todos los cuales pasaron primero por la mesa de su secretario José Luis Cano y dejaron huella en su tupida correspondencia: recordemos, por ejemplo, la carta abierta de Juan Ramón Jiménez a la joven Carmen Laforet (portada del número 25, enero de 1948) que incluye un feroz -pero, a menudo, sagaz- repaso de la prosa española del siglo XX; el número de homenaje a Jorge Guillén (26, febrero de 1948, que cuenta con textos de Dámaso Alonso, Pedro Salinas, José Manuel Blecuá, Ricardo Gullón, Adriano del Valle y José Luis Cano que escribió de "El tema del amor en la poesía de Jorge Guillén"); el primer homenaje a Ortega (32, agosto de 1948, con textos de Enrique Lafuente Ferrari, Julián Marías, Dolores Franco, Paulino Garagorri y Manuel Cardenal); el monográfico consagrado a Aleixandre al entrar en la Academia (50, febrero de 1950) donde Cano contribuyó con un artículo sobre "El poeta y su discurso"; el homenaje a Pedro Salinas en su muerte (74, febrero de 1952, en el que Cano dedicó "Los libros del mes" a reseñar *El desnudo impecable y otras narraciones*); el número 76 (abril de 1952) dedicado a Leopoldo Alas y el número 82 (octubre de 1952) que trajo una oportuna "Revisión de Galdós".

En 1953 Cano publicó su *Antología de la poesía andaluza contemporánea*, donde no faltaban los poetas del exilio, y en 1955 la editorial de *Ínsula* dio a la luz *De Machado a Bousoño*, un libro que recogía muchos de sus escritos aparecidos en la revista y que, cinco años después, se convertiría en el grueso volumen *Poesía española del siglo XX: De Unamuno a Blas de Otero*. Con aquellos tomos, el poeta de *Sonetos de la bahía*, fundador de Adonais y crítico de *Ínsula*, consolidaba una voz propia y un indiscutible prestigio en la actualidad de las letras españolas. La segunda mitad de los años cincuenta había de ser, por otro lado, el inicio de una emancipación de los rigores de la postguerra más dura: se afirmaba una nueva generación de escritores y se ensayaba un tono más crítico. Las páginas que aquí acaban sólo han pretendido dibujar, hasta 1955, el designio de una vida que quiso situarse en el promedio de la nostalgia y la acción, de la soledad y la solidaridad, de la pasión y la ponderación. A ese hombre que Aleixandre vio leyendo siempre un original ajeno, muchos debemos más de lo que puede expresarse aquí.

